

WILLIAM S. MALTBY

AUGE Y CAÍDA DEL IMPERIO ESPAÑOL

Traducción de
Jesús Cuéllar Menezo

Marcial Pons Historia
2011

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
ACLARACIÓN SOBRE LAS MONEDAS.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO 1. EL IMPERIO EN SUS INICIOS.....	19
Los reinos ibéricos en la Edad Media	20
Isabel y Fernando.....	27
La conquista de Granada.....	30
Las Islas Canarias, primeras colonias españolas de ultramar	33
Colón y los inicios del imperio americano	36
CAPÍTULO 2. LA CREACIÓN DE UN IMPERIO EUROPEO	49
La herencia de Carlos V.....	52
El imperio europeo de Carlos V.....	55
Las guerras del emperador.....	63
La hacienda imperial.....	69
El ascendiente español.....	71
CAPÍTULO 3. LA CONQUISTA DE AMÉRICA.....	75
La conquista de México.....	76
La conquista del Perú	80
Las Islas Filipinas	85
El problema de la gobernanza	86
El problema indígena.....	91
CAPÍTULO 4. LA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO EN TIEM- POS DE LOS HABSBURGO.....	101
Comunicación y comercio	109

	<u>Pág.</u>
Guerra y defensa	116
La Iglesia.....	122
Las estructuras de poder informales	127
 CAPÍTULO 5. LA POLÍTICA IMPERIAL.....	 135
La insurrección de los Países Bajos	138
La anexión de Portugal.....	149
La guerra con Inglaterra y Francia	151
La Leyenda Negra	156
La <i>Pax Hispanica</i>	158
La Guerra de los Treinta Años	162
 CAPÍTULO 6. LA DECADENCIA DEL IMPERIO.....	 167
Intentos de reforma.....	171
La guerra con Francia	177
Las revueltas en Cataluña y Portugal	179
España después de Olivares.....	183
América: la deriva hacia la autonomía.....	185
Los últimos años de los Habsburgo	191
 CAPÍTULO 7. LOS BORBONES	 195
Reforma y recuperación	198
La Ilustración y el programa de Carlos III.....	204
La reforma llega a América	210
La suerte cambia	215
 CAPÍTULO 8. EL FIN DEL IMPERIO	 223
Las guerras de independencia	227
Las islas leales y la guerra hispano-estadounidense	283
Después de la independencia	238
La España postimperial	246
 GLOSARIO	 249
BIBLIOGRAFÍA SELECTA.....	253
ÁRBOLES GENEALÓGICOS	269
MAPAS	275
ÍNDICE ANALÍTICO	285

INTRODUCCIÓN

El colonialismo europeo, el dominio secular por parte de las naciones europeas de sociedades situadas a miles de kilómetros de sus costas, tiene pocos o ningún parangón en la historia de la humanidad. Con la posible excepción de la dinastía china Han, ninguna otra civilización se propuso algo así, y el experimento chino apenas tuvo consecuencias duraderas. Por el contrario, el colonialismo europeo perfiló los contornos del mundo moderno al fomentar la integración mundial o globalización, un proceso que hasta mediados del siglo xx siguió pautas principalmente europeas.

Las raíces del imperialismo europeo surgen de la competencia por los recursos entre los estados dinásticos del continente. En Europa, todas las monarquías de finales del Medievo y comienzos de la Edad Moderna se enfrentaron a un inusitado aumento de los costes monetarios de la guerra. La transición desde el soldado de leva medieval al remunerado, la mayor magnitud y complejidad de los ejércitos, y el desarrollo de la artillería hicieron que los estados, para poder sobrevivir y prosperar, tuvieran que aumentar sus ingresos, algo enormemente difícil en economías agrícolas con tasas de crecimiento relativamente escasas. El incremento de los impuestos no podía ser nunca más que una solución parcial y enormemente impopular. Una explotación más eficaz del patrimonio regio (las tierras de la Corona y lucrativos privilegios como los aranceles) podía ayudar, pero también enfrentaba a la monarquía con sus súbditos y ofrecía rendimientos limitados. Dentro de las fronteras de un reino, la ampliación de dicho patrimonio sólo podía hacerse mediante la reversión a la Corona de los bienes carentes de heredero, las confiscaciones legales u otras

medidas igualmente impopulares e inciertas. Aparte de eso, la mejor alternativa era adquirir tierras mediante matrimonios o conquistas. Cuando los holandeses rompieron con España en el siglo XVI y se convirtieron en república independiente, se enfrentaron a los mismos problemas pero sin la posibilidad de servirse de los matrimonios. Su propia pervivencia dependía del comercio con territorios de ultramar y de su conquista.

Las conquistas siempre tuvieron más aceptación que las subidas de impuestos o la aplicación de rentas abusivas a los arrendatarios de la Corona, y, tanto para los conquistadores como para las empresas mercantiles, conllevaban la esperanza de obtener nuevas riquezas. Una conquista se consideraba loable cuando se podía justificar amparándola en el impulso evangelizador cristiano. Casi sin excepción, los imperialistas europeos compartían una misma seguridad en su propia superioridad racial y religiosa. Sus conquistas se lograron gracias a una organización y una tecnología militares de gran calibre, que eran las que inicialmente habían creado la necesidad de recabar nuevos ingresos, y también atizando un enfrentamiento entre pueblos indígenas que sólo podía beneficiar a los europeos. Al margen de cuál fuera su nacionalidad, la historia de los conquistadores la caracterizan casi en igual medida el heroísmo y el crimen, pero los imperios que crearon terminaron mal. En su mayoría, para la «madre patria» tuvieron más costes que beneficios, y también fue muy habitual que, al disolverse, dejaran tras de sí una estela de caos político y económico.

España no fue la primera nación europea en instaurar un imperio mundial. Ese honor, si es que así puede calificarse, correspondió a los portugueses. Tampoco fue la última, ya que franceses, británicos y holandeses desarrollaron con posterioridad sus correspondientes imperios, que sobrevivieron pese a todo hasta mediados del siglo XX, junto a un puñado de colonias portuguesas. En diferentes épocas, y con éxito escaso, daneses, rusos y alemanes intentaron crear sus propios imperios, pero diversas razones hicieron del español algo singular. Fue el primero en ejercer directamente su soberanía sobre grandes extensiones territoriales y civilizaciones avanzadas habitadas por millones de no europeos. Además, logró imponer, hasta límites nunca vistos, su lengua, su credo y su cultura a sus nuevos súbditos. En la actualidad, más de 300 millones de personas hablan español, lengua principal de 21 países. El catolicismo se convirtió en el credo principal de América Central y del Sur, mientras que la arquitectura, el urbanismo, el arte, la música y la literatura de Es-

paña se fundieron con elementos indígenas para formar una vibrante y novedosa cultura que se ha convertido en elemento clave de la tradición occidental. En parte, este éxito se debió pura y simplemente a la longevidad, ya que el dominio español en América y las Filipinas se prolongó durante más de trescientos años. De pocas zonas de los imperios francés, británico y holandés se puede decir lo mismo. España también fue inusual porque durante casi doscientos años su imperio incorporó tanto colonias de ultramar como naciones europeas que no compartían ni idioma ni cultura, y ni siquiera fronteras. Esta combinación de posesiones europeas y no europeas hizo de España la primera potencia de los siglos XVI y XVII, pero la condenó a un conflicto interminable.

El Imperio español no fue obra de un solo conquistador y ni siquiera de una única generación, aunque su principal y más espectacular ciclo de expansión se prolongó durante lo que podríamos decir que fue una vida más larga de lo habitual. El imperio europeo surgió del éxito inverosímil alcanzado por la estrategia dinástica de Isabel y Fernando. Contra todo pronóstico, su diplomacia situó España, los Países Bajos y gran parte de Italia bajo el dominio personal de un solo hombre, el emperador Carlos V de Habsburgo. Las posesiones hispánicas de ultramar se adquirieron mediante la ampliación del proceso que había creado la propia España. Tan grande era la diversidad de esta amalgama de territorios, pueblos e instituciones que algunos expertos en historia moderna prefieren hablar de «monarquía», más de que imperio, pero si por éste entendemos un conjunto de países gobernados por una sola autoridad, sigue teniendo sentido atenerse al uso tradicional.

Al reconquistar la Península Ibérica a los musulmanes, los castellanos, especialmente, habían desarrollado valores, técnicas e instituciones que se trasladarían a las nuevas tierras de ultramar. La adquisición de un imperio italiano por parte de la corona de Aragón durante el siglo XV y el acuerdo de unificación entre ésta y Castilla durante el reinado de Fernando e Isabel apuntaron la aparición de un régimen imperial en el que reinos independientes con instituciones propias podrían y serían gobernados por un mismo soberano. En consecuencia, puede que los españoles, por su historia y su memoria institucional, estuvieran mejor preparados que ninguna otra nación europea para la tarea de gobernar un imperio. Chocando con obstáculos atroces, de índole temporal y espacial, crearon los ordenamientos administrativos más complejos de la época. A pesar de la Leyenda Negra [...]